



Anuario de Historia de la Iglesia

ISSN: 1133-0104

ahig@unav.es

Universidad de Navarra

España

Auza, Néstor T.
Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina
Anuario de Historia de la Iglesia, núm. 9, 2000, pp. 329-347
Universidad de Navarra
Pamplona, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35509021>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Revistas culturales de orientación católica en el siglo xx en Argentina

Néstor T. AUZA

El periodismo católico

El presente trabajo tiene por propósito ofrecer una rápida descripción de las principales revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en la Argentina. No se trata de un catálogo de todas las que con igual inspiración se editaban, sino de analizar las principales que se escribían en el campo cultural, alcanzaron cierta circulación nacional, y en sus contenidos manifiestan una visión cristiana como consecuencia del inicial propósito que las anima de servir de instrumento a la evangelización de la cultura.

La prensa argentina se remonta a los primeros años del siglo XIX y comienza a crecer en títulos con posterioridad a la Revolución de Mayo de 1810, en que se inicia el proceso de Independencia de España. En ese siglo el periodismo llega a ser uno de los factores más dinámicos del proceso social y político y produce, en la segunda mitad del siglo, una verdadera explosión periodística por el número y variedad de géneros de impresos en circulación. Entre otras características, al comenzar la década de 1880 se imprimen diez y siete periódicos en lenguas extranjeras y ya desde cuarenta años antes muchos de los impresos editados en el país desbordan las fronteras y se distribuyen en Europa y países americanos. Ello ofrece la ocasión para que emerja el periodista como un actor dinámico y relevante de los procesos culturales.

Los católicos no permanecen ajenos a ese proceso y suelen hallarse entre sus principales animadores. Sin embargo, los títulos que se identifican como católicos y sirven a los intereses de la Iglesia son pocos con relación al total de impresos que se editan. El primer impreso definitivamente católico que se publica en Buenos Aires se llama *La Religión*, aparecido entre 1853 y 1862, seguido de *El Orden* (1855-1862). En el interior del país se destaca *El Eco de Córdoba*, que se publica entre 1855 y 1884, y *El Ambato* (1858-1862), de Catamarca, escrito por la más relevante figura del clero argentino, fray Mamerto Esquiú, actualmente en proceso de beatificación.

Sin propósito de elaborar aquí el registro del periodismo y mucho menos del periodismo católico, indicamos tan sólo esos títulos para explicar que el periodismo católico del

siglo XX, en todas sus variedades de género, tiene raíces en el siglo anterior y se inscribe en una tradición periodística general del país constituido por centenares de títulos.

La preocupación por la existencia de un periodismo católico se manifiesta por vez primera en el Primer Congreso Nacional de los católicos realizado en agosto de 1884. En las deliberaciones de ese congreso los militantes más esclarecidos, leyendo los signos de los tiempos, advierten que, ante el acelerado proceso de secularización que se produce en el país y el fenómeno de una abundantísima oferta de periodismo, donde la mayoría de los órganos en circulación se presentan como indiferentes y una parte más reducida en forma adversa y hasta hostil a la Iglesia, se imponía revisar los medios disponibles y crear otros nuevos para no permitir la descristianización de los fieles. Los medios pastorales que la Iglesia disponía se mostraban insuficientes no sólo para la conservación de la fe, sino, sobre todo, para la evangelización de las nuevas generaciones. Las manifestaciones de la cultura no se hallaban en manos de hombres con mentalidad y sentimientos religiosos y, por el contrario, el poder de ilustración y de formación que disponía el periodismo constituía una tribuna casi diaria de la que se nutría la inmensa mayoría de los fieles, por encima de periódicos católicos en número insuficiente y sin la calidad necesaria para competir con los gigantes en circulación.

La realidad mostraba que para 1883 el total de periódicos que se imprimían en el país alcanzaba a 215 títulos de los cuales sólo en Buenos Aires circulaban 103. Ese total de periódicos implicaba, como mínimo cien mil ejemplares por año. Frente a ese nuevo factor de educación popular, la Iglesia se encontraba en evidente desventaja y esa situación la advierten los laicos militantes en el congreso citado. Invitados los representantes de los periódicos católicos que existían en el país, sólo se reunieron diez, cifra que indica una indudable debilidad frente a la prensa denominada liberal, por su desinterés o su agresividad hacia la Iglesia. El congreso dedicó una sesión a tratar la situación de la prensa católica y aprobó cinco conclusiones tendientes a obtener el apoyo de los católicos mediante propuestas concretas de acción¹.

A partir de ese congreso, la problemática de la prensa católica se introduce en las preocupaciones de los católicos militantes. La significación de esa llamada tiene repercusiones, ya que, pocos años después, el objetivo de favorecer la prensa católica ingresa como una de las líneas pastorales que emite el cuerpo episcopal. Efectivamente, en la primera carta pastoral colectiva firmada en 1889 por los obispos argentinos se dedica un capítulo a trazar la línea pastoral de los católicos para participar activamente en el sostenimiento de la dicha prensa y a advertir los riesgos que para la fe contienen los impresos que no se declaran católicos o, más aún, que se ubican como adversos a la Iglesia.

Que el periodismo católico constituye una de las líneas pastorales se evidencia en la continuidad con que los obispos mantienen ese llamado en los sucesivos documentos episcopales hasta aproximadamente finales de la década de 1920. El Concilio Plenario Latinoamericano, reunido en Roma en 1899, advirtió el riesgo que significaba la ausencia de un periodismo católico e instó al clero y a los fieles al sostenimiento de sus propios periódicos. La

1. Néstor Tomás AUZA, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Ediciones Culturales Argentinas, Buenos Aires 1981, cap. XII.

Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina

llamada a los laicos para colaborar con la prensa producirá un fenómeno de toma de conciencia y dará lugar a que desde diversos rincones del país se inicie un intenso movimiento de apoyo y creación de impresos. Entre 1884 y 1921 se llevan a cabo en el país once congresos de laicos, de diversa naturaleza, y en todos se reclama de los católicos una contribución activa en la creación, colaboración y sostenimiento de la prensa católica, por ser el instrumento más moderno incorporado al progreso y que la Iglesia no puede dejar de tenerla a su servicio.

Del vigoroso esfuerzo orientado hacia tales objetivos, pronto se tiene evidencia al celebrarse en 1918 el Primer Congreso Nacional de Prensa Católica. En esa oportunidad, el número de impresos periódicos que participan llega a la cifra de 93, de los cuales 44 se imprimen en Buenos Aires. Se trata de todo tipo de impresos, a saber, diarios, quincenales, mensuales, semanales². En ese conjunto de títulos existe una variedad de géneros periodísticos que van del diario nacional independiente al boletín parroquial, pero todos redactados desde la perspectiva católica. En años posteriores ese número ha de crecer debido al nacimiento de nuevos movimientos dentro del laicado, aunque la sola cifra del año 1918 es de por sí, relevante e indicadora de una presencia más activa en los medios de información, como consecuencia de una mayor conciencia sobre el papel evangelizador de la prensa.

Ese conjunto de impresos de aparición periódica podría clasificarse por categorías diversas, al margen de su periodicidad. Por género, a saber, los destinados a la familia, a los jóvenes, los niños, la mujer o los que se ubican como informativos, o los que son sociales, políticos, educacionales. Están también las publicaciones teológicas, las eclesiológicas, las correspondientes a organismos oficiales de la Iglesia; de caridad o patrocinadas por asociaciones independientes de laicos. En esa múltiple variedad hemos seleccionado, para describir en este trabajo, un tipo muy especial de publicación, que es la de aquellos títulos de cultura general y de dimensión nacional que se publican en el siglo XX. Algunas ya no existen, otras aún se editan. Las que reúnen esas condiciones no son muchas, pero sí las suficientes para mostrar el vigor del catolicismo en el campo de la cultura, dónde se han generado, los aspectos de la cultura en que más se han interesado y la variedad de contenidos que le han otorgado sus redactores.

Estudios

En 1870 se creaba en la ciudad de Buenos Aires la Academia Literaria del Plata por iniciativa del sacerdote jesuita Vicente Gambón, entonces y después, un destacado líder de actividades culturales católicas, con el propósito de instalar un centro de formación religiosa y literaria de jóvenes adolescentes egresados del Colegio del Salvador y patrocinado por profesores del mismo establecimiento. El clima de acelerado secularismo y activa presencia de asociaciones que combatían a la Iglesia fue causa para que el fundador pensase en formar de manera sistemática a los jóvenes más destacados para que, adiestrados en la defensa de la Iglesia, ejercieran como profesionales una labor evangelizadora en diversos campos de la cultura.

2. Néstor Tomás AUZA, *Corrientes sociales del catolicismo argentino*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 1984, cap. X.

Néstor T. Auza

Las actividades de la Academia Literaria del Plata se llevarán a cabo en el silencio de jornadas de estudios, sólo interrumpidas en forma espaciada, por la celebración de actos culturales, concursos literarios, celebraciones religiosas o patrias. En el seno de aquel grupo inicial, constantemente acrecentado, pronto comenzaron a destacar dos iniciativas complementarias: la creación de una Universidad Católica y la iniciación de una revista católica de cultura. Ambas, por otro lado, eran también suspiradas por otros sectores y maduraron en el ambiente luego de ser lanzada en el Congreso de 1884 y recogida por el episcopado en 1902 para ser, finalmente, creada la revista por éste en 1910, fecha en que el país celebró el Centenario de la Revolución de Mayo. Los miembros de la Academia Literaria del Plata, por su parte, decidieron fundar una revista que sea la prolongación de las lecciones recibidas y, a la vez, el medio de transmitir sus actividades intelectuales.

La revista apareció en julio de 1911 con el nombre de *Estudios* y con la aclaración de que se trataba de una publicación mensual «redactada por la Academia Literaria del Plata». En la entrega inicial se manifiesta que «ampliado desde algunos años el campo de sus trabajos y organizados sus miembros en secciones correspondientes a las diversas facultades de la Universidad, cree la Academia que puede contribuir a fomentar el ambiente de estudios entre la juventud publicando los trabajos leídos en el seno de las mismas secciones, sin perjuicio de aceptar los de más aliento que le ofrezcan otros intelectuales de prestigio»³.

Las características de la nueva publicación eran las de una revista de cultura general, con artículos referidos a las más diversas cuestiones doctrinales a la vez que dedicaba espacio a los temas que ocupaban la atención del momento, sin dejar por ello de albergar contribuciones de fondo sobre la doctrina católica. Desde su fundación en 1911 hasta finales de la década de los treinta la revista tuvo un marcado acento apologético, dominando artículos que respondían a los cuestionamientos que se hacía la Iglesia y que agitaban las publicaciones no católicas. Así los temas como el evolucionismo, la sociología y la psicología positivista, el cientificismo, la relación ciencia-religión, el ateísmo, el arte moderno, el socialismo y el marxismo, la libertad de enseñanza, el matrimonio y el divorcio, fueron frecuentes en las páginas de *Estudios*. Por lo mismo, aunque los trabajos no desdeñaban las cuestiones teológicas de fondo, no fueron sin embargo centrales y, cuando los hubo, se dedicaron a la filosofía tomista.

La revista mostró una clara tendencia a los trabajos de exposición y crítica de la literatura, tanto nacional como extranjera, ya que perteneció a una Academia que cultivaba la formación literaria. Probablemente sea la revista *Estudios*, dentro del catolicismo, la que, hasta 1928, haya puesto mayor acento en el papel evangelizador que la literatura puede ejercer sobre la ciudadanía y de ahí nace la preocupación por ofrecer una visión cristiana de los textos literarios y una oportunidad para dar a conocer escritores católicos. *Estudios* también mostró un interés especial por las cuestiones sociales, ya que para el tiempo en que se fundó y, también en años posteriores, el movimiento social católico constituía un factor innegable. De modo que la cuestión obrera, la legislación social, las cajas rurales y las cooperativas, fueron cuestiones abordadas en la revista. Semejante preocupación ocupa el tema de la edu-

3. *Estudios*, nº 1, julio de 1911, p. 1.

Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina

cación, campo en que el catolicismo venía librando desde 1882 una larga batalla contra el monopolio estatal y los obstáculos que ofrecían los organismos estatales a la fundación de escuelas católicas. No sólo los temas al derecho de enseñanza, sino también los temas pedagógicos, la psicología de la educación, la legislación escolar, fueron cuestiones que ocuparon el interés permanente de los redactores.

El carácter de las cuestiones mencionadas permite vislumbrar que la redacción de *Estudios* no podía ser responsabilidad exclusiva de los jóvenes profesionales católicos que se preparaban en la Academia, por lo que cuenta con la presencia activa en la redacción de destacados intelectuales de prestigio reconocido y autoridad en las especialidades que cultivan. Por lo mismo, *Estudios* se convierte, al menos hasta 1928 en que se inicia *Criterio*, en la publicación católica de cultura general más prestigiosa y en la que convergen colaboraciones de casi la totalidad de los que ejercen el oficio de la escritura como actividad permanente. Si bien no son colaboradores permanentes, pasan por esas páginas escritores, legisladores, juristas, constitucionalistas, educadores, novelistas, periodistas, dirigentes sociales pertenecientes al movimiento laical. Esa variedad de plumas, de enfoques, de análisis, de géneros, dan a la revista un carácter dinámico, con intereses múltiples y de interés para toda clase de lectores.

En los primeros diez y siete años, *Estudios* es la revista católica de cultura más relevante que se edita en el país y alcanza una circulación nacional. Aunque los diarios católicos *El Pueblo*, fundado en 1900 por Federico Grote, y *Los Principios* de la ciudad de Córdoba circulan en el orden nacional y prestan atención a los temas que hemos enunciado, *Estudios* es la publicación que llega más a los medios intelectuales y universitarios. La periodicidad y continuidad de aparición le otorga regularidad y una presencia constante, a la vez que una imagen de solidez periodística, facilitada por el amparo que ofrece a todas las iniciativas relevantes del catolicismo y el cobijo a las firmas de militantes de todos los sectores.

La revista *Estudios* mantiene en general su formato inicial si bien sufriendo variaciones en su presentación tipográfica y distribución de materiales y secciones. El apartado noticias, informaciones católicas, crítica bibliográfica y de arte, completan su contenido doctrinario. El responsable de la dirección de la revista no se pone de manifiesto, constituyendo ello una práctica que se prolonga por varios decenios hasta que, después de 1960, se modifica esa situación. Ya para ese tiempo la revista se ha abierto más y las colaboraciones se han ampliado a firmas nuevas.

Estudios goza de larga vida, pues desde 1911 en que nace, prolonga su aparición hasta diciembre de 1967 en que llega a las 558 entregas. En ese largo período de publicación ha sido testigo de muchos cambios en el país, en el catolicismo y en sus páginas, en que quedan de evidencia a veces en forma directa y otras de manera más velada. Esto hace que su colección constituya una fuente inevitable y preciosa para el análisis de los esfuerzos que se han realizado para la evangelización de la cultura argentina.

Noel

Esta revista es poco conocida y tiene una característica que la distingue de las restantes que aquí describimos y aún más de las que le suceden hasta el presente. Y es que no se

Néstor T. Auza

halla dirigida al público intelectual o universitario y profesional, sino más bien lo que podríamos llamar sectores populares. Ello es conforme con la personalidad de su director, un celoso y activísimo sacerdote que ejercía paralelamente el oficio de cuentista y que, al margen de su función sacerdotal, ampliaba su labor pastoral redactando y dirigiendo la revista *Noel*. El que así vivía y desempeñaba esa labor pastoral es el padre Edmundo Vanini.

Era el padre Vanini un cuentista popular que tomaba los personajes de la calle, los cuales le daban materia para sus cuentos sencillos y ágiles en los que, bajo formas dialogadas, transmitía un mensaje moral o espiritual. La revista refleja ese carácter y, por lo mismo, constituye una publicación dirigida a los que poseen una ilustración menor en torno al catolicismo. De aspecto ligero y ágil de formas, *Noel* contiene textos despojados de formulaciones teológicas, si bien bajo forma de cuentos, poesías, cuestiones del día, comentarios, explícita verdades evangélicas

La revista alcanzó amplia difusión en las parroquias porteñas, favorecida por el nombre de Vanini. La colaboradora más destacada de *Noel* fue la escritora Josefina Bunge de Gálvez. Bajo formas de impresión modestas, la revista alcanzó una vida razonable pues, nacida en 1920, extiende su publicación hasta diciembre de 1938.

Ichthys

En 1916 se celebra en Buenos Aires el Primer Congreso Eucarístico Nacional y en el seno de una de las sesiones de estudio la señorita Elena Isaac Boneo presenta un proyecto consistente en un programa de estudios religiosos progresivos destinados a la mujer y que la autora considera debe formar parte de una Universidad católica. En esa oportunidad el proyecto no llamó la atención, pero tuvo influjo posterior. Pocos años después, la iniciativa fue asumida por la Liga de Damas Católicas, institución nacida en 1908, debido a la estrategia de Emilio Lamarca que venía comprobando la necesidad de disponer de un centro de las características que planteaba la señorita Boneo. La Liga de Damas realizó el proyecto, si bien simplificándolo para una primera etapa, ya que nada existía al respecto y se debía experimentar en forma gradual.

En 1919 se fundó el Centro de Estudios Religiosos destinados exclusivamente a impartir instrucción superior religiosa a las mujeres que se inscribiesen en calidad de alumnas. Los cursos se ajustarían a un programa que contenía, entre otras asignaturas, Filosofía, Teología, Moral, Liturgia, Historia de la Iglesia, Catequesis, durante tres años, otorgando al finalizar un diploma. Los cursos se impartieron por años, y fueron seguidos por un conjunto considerable de mujeres que llegarían a ocupar posiciones de dirección en organismos católicos. Sin embargo, considerando que la labor docente podía extenderse fuera de los cursos, las directoras del Centro pensaron en crear una publicación que reflejara su vida intelectual y, a la vez, sirviera de órgano de difusión de la doctrina y espiritualidad católicas.

La revista *Ichthys* apareció en mayo de 1921 y su vida se prolongará en entregas mensuales hasta el mes de diciembre de 1930. De forma modesta en la impresión, aunque cuidada, la revista posee un tamaño muy parecido al formato de un libro y cada entrega reú-

Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina

ne unas cincuenta páginas. En las filas del catolicismo, *Ichthys* se convirtió en la primera revista femenina de contenido teológico y espiritual dirigida a la mujer. La seriedad de la revista no consintió contenidos frívolos o pasantistas, llenando todos sus materiales con un propósito educador de la mente y del corazón de la mujer.

Durante dos largos períodos la revista estuvo dirigida por la escritora Delfina Bunge de Gálvez, quien vinculó la revista a escritores nacionales como Juan Pablo Echagüe, Manuel Gálvez, Calixto Oyuela, Gabriel Palau, José Max Rhode, Martínez Zuviría (Hugo Was) y otros. *Ichthys* se completaba con noticias del mundo católico y comentarios de libros muy seleccionados, todos vinculados a las asignaturas que se enseñaban en el curso de estudios religiosos.

Desconocemos las razones que llevaron al cierre de *Ichthys* en diciembre de 1930, pero no es dudoso que ello ocurriera por la creación de la Acción Católica Argentina, que comienza sus actividades en abril de 1931 y en la que, por la formación que poseían, muchas de las fundadoras y graduadas del Centro entraron a ocupar posiciones dirigentes. El Centro de Estudios Religiosos, en cambio, extendió su vida hasta 1950.

Criterio

En la historia del catolicismo laical argentino, Emilio Lamarca es el puente y la continuidad entre la brillante generación católica de 1880, cuya actuación llega en sus principales hombres hasta fines del siglo XIX, y la siguiente a ellos que hace que su liderazgo se prolongue hasta el siglo XX. Él es el maestro, el animador y el formulador de una de las mejores estrategias de organización de los laicos que el episcopado no compartió y reorientó con desacierto. Lamarca murió en 1922 padeciendo una ceguera durante los últimos cinco años de vida. La enorme y valiosa biblioteca que dejó al cerrar, a petición de la jerarquía, la Liga Social Argentina, era sumamente apropiada para la formación de los laicos, y sería ocasión para que un grupo de jóvenes, al amparo de su ejemplo, fundaran un centro de estudios. Nacieron así en 1922 los Cursos de Cultura Católica, institución que cobijará la formación de una generación nueva, dotada de alta sensibilidad, nutrida en las nuevas corrientes asumidas a la luz de la fe, cultivada con estudios literarios y convencida del papel que la inteligencia católica debe desarrollar en la cultura del país.

En el seno de aquel selecto grupo en los que hay juristas, filósofos, literatos, poetas, pintores, dibujantes, escritores y periodistas, va surgiendo y lentamente madurando, la conveniencia de dar a luz una revista de cultura católica signada por la primacía de la inteligencia y acompañada por la belleza en todas sus manifestaciones estéticas. La preparación de las bases económicas, la orientación del contenido, la determinación del director con méritos sobresalientes, ocupa a aquellos jóvenes aproximadamente dos años, además de buscar el aval del arzobispado, dado que, sin pretender ser órgano de la Iglesia, aspira a ser la voz católica en el campo de la cultura. Para afrontar la publicación se formará una sociedad por acciones con el nombre de *Surgo*, que garantizará la publicación, que debía reunir, según sus fundadores, una muy alta calidad de impresión. La laboriosa tarea de definir el estilo y el perfil de la revista llegó a su fin, no sin tener previsto hasta los últimos detalles. La salida del

Néstor T. Auza

ejemplar número uno se realiza el 8 de marzo de 1928 con el nombre que es toda una definición del programa que se tiene pensado: *Criterio*⁴.

Lo novedoso y excepcional de esta revista es su planteo filosófico, consensuado por los principales colaboradores y animadores de la empresa editorial. El nombre no ha sido fruto del azar, sino de una clara definición del papel que la inteligencia debe desempeñar. En esa problemática el filósofo Tomás Casares posee, en aquellos años, un papel primordial y, en ese sentido, su posición es compartida por el grupo fundador. Indudablemente todos han recibido la influencia de Jacques Maritain, el Maritain de *Los grados del saber*, *Siete lecciones sobre el ser*, *Primacía de lo espiritual*, *Arte y escolástica*, *El doctor angélico*. En cambio, se silencian otras obras de Maritain: *Carta sobre la independencia*, *Humanismo integral*, *La persona humana y el bien común*, y otras páginas de filosofía política.

Para los fundadores de *Criterio*, debía atenderse en primer lugar a la formación católica de la inteligencia y ese objetivo debía lograrse con independencia de todo otro interés o finalidad práctica. De ese modo, la revista se ubica bajo la primacía de la inteligencia regida por el recto uso de los elementos que conducen a la formación de un sano y sólido criterio. Reclaman los fundadores la primacía de la verdad, la belleza, el bien y la recta articulación de los juicios y en ello radica el papel de la inteligencia al servicio del Evangelio.

Desde el primer número, y al menos hasta 1932, se edita en una alta calidad, iluminada con dibujos, grabados y xilografías confeccionada por ilustradores católicos que participan de la idea de la belleza conforme a la idea escolástica. La publicación ha de ser por largos años quincenal, imprimiéndose bajo la dirección responsable del hombre que había dirigido su creación, el doctor Atilio Dell'Oro Maíni, figura sobresaliente de los Cursos de Cultura y de la Academia Literaria del Plata. Participarán en la publicación los mejores escritores, tanto de la generación madura como de los pertenecientes a la «nueva sensibilidad», como entonces se dice, y que han nacido a la vida literaria poco después de 1920. Es imposible ofrecer aquí el catálogo de todos los colaboradores, pero no falta ninguno de los católicos destacados. Por su factura, por su contenido, por su dimensión estética, lírica y espiritual *Criterio* logra imponerse en pocos meses en el amplio espacio de los impresos periodísticos argentinos, que son muchos y de alta calidad, sin que su identificación católica reduzca ni su calidad, ni la independencia y profundidad expositiva.

La historia de esta relevante revista que aún permanece en circulación, aunque con un enfoque muy distinto a aquél al que nos estamos refiriendo, atravesará tres etapas fundamentales. La primera es la que se inicia con el primer número y bajo la dirección de Atilio Dell'Oro Maíni y se extiende desde 1928 a 1932. Esa etapa se cierra en razón de la incomprensión del asesor eclesástico por ciertos planteamientos morales de los redactores, lo cual provocó la retirada de muchos de éstos. No se halla en juego ningún aspecto doctrinal o teológico, sino más bien una absoluta incompatibilidad de caracteres, de sensibilidades y de percepciones artísticas. El arzobispado, principal accionista, designó a los presbíteros Alberto Molas Terán y Gustavo J. Franceschi para hacerse cargo de la dirección. La muerte inesperada del

4. María Isabel DE RUSCHI CRESPO, «*Criterio*». *Un periodismo diferente. Génesis y fundación*. Ed. Nuevo Hacer, Buenos Aires 1998.

primero de los nombrados llevó a Franceschi a asumir en solitario esa responsabilidad, cuya tarea se prolongará hasta su muerte en 1957.

Bajo la dirección del presbítero Gustavo Franceschi, años después monseñor, la revista *Criterio* ingresa en su segunda etapa, la cual, sin perder ciertas características de la primera, aunque despojada de las ilustraciones y xilografías, y grabadores, poetas y filósofos, ingresa en una etapa que es sin duda la de mayor influencia sobre el catolicismo nacional y hace de su director una de las figuras más prominentes del pensamiento eclesial. Lejos de disminuir la tirada, *Criterio* la acrecentará —unos cinco mil ejemplares— con una aparición semanal. Cuando Franceschi llega a la dirección de la revista, posee una personalidad formada por dos de las más destacadas figuras de la militancia católica, siendo la primera el padre Federico Grote, el fundador del movimiento más grande que tenía la Iglesia en materia obrera, y el doctor Emilio Lamarca, fundador de la Liga Social Argentina. Es Franceschi un hombre dotado de una vasta cultura, lector incansable en varias lenguas, siempre bien informado, sin que las novedades ocupen o desalojen el gusto por las cosas profundas. Todo contribuye a su nuevo destino en el que mostrará hallarse preparado para el ejercicio de un periodismo ágil y doctrinario a la vez. Alguna vez hemos escrito que Franceschi escribe lo que el episcopado quiere y el episcopado quiere lo que Franceschi escribe. Queremos expresar con ello, que a lo largo de casi treinta años alcanza a desempeñarse sin tener roces con las autoridades eclesiales y, por el contrario, desempeñarse como su mejor vocero bajo las formas de un periodismo independiente. Ello se debe, sin duda, al prestigio que gozaba, pero también a la mesura y el equilibrio con que supo desenvolverse. Como signo indudable de su gravitación intelectual baste mencionar que en los sectores directivos del catolicismo se esperaba semanalmente la aparición de *Criterio* para conocer cómo se valoraban las cuestiones del día, que Franceschi trataba desde la visión cristiana, y cuál era el criterio católico en la cuestión.

Si Franceschi reúne todas las cualidades de un periodista goza también de la capacidad de un ensayista de prosa ligera, clara y precisa, con intereses muy amplios que no le impedirán tanto moverse con libertad en las cuestiones morales, doctrinarias, políticas, como ser un especialista en literatura contemporánea francesa o en musicología. Precisamente, quizás esa amplia gama de intereses, le impide escribir obras orgánicas y muy sistemáticas, salvo una dedicada a la literatura de Francia. No obstante su conocimiento del pensamiento papal y de los comentaristas doctrinarios de Europa, Franceschi no pudo evitar tener posiciones problemáticas, como cuando cuestionó la posición de un grupo de católicos europeos que en la Guerra Civil española se manifestaron en favor de la paz y no de la guerra, o cuando no aceptó con claridad las posiciones neotomistas en el campo de la reflexión política, o cuando tardó años en reconocer que los gobiernos de Mussolini y Franco implicaban formas totalitarias. Pero no obstante las posiciones cuestionables —por lo demás campos opinables— no le restará méritos a su pensamiento que fue en muchos casos valiente y siempre comprometido con la verdad según su óptica. Su posición, por otro lado, no fue siempre fácil dada la vinculación de la revista con la jerarquía, que por aquellos años no se distingue ni por su saber ni por la apertura a las cuestiones modernas. De ahí que alguna vez al tratar cuestiones del catolicismo tuvo que olvidar voluntariamente lo que sabía para no abrir heridas dolorosas de la vida religiosa y pastoral, o para no rozar «la unidad de los católicos» tema tan sensible para el episcopado, tanto ayer como hoy. Pero, salvo esas situaciones *ad intra* Iglesia,

Franceschi se destaca como el director de una revista de cultura con opinión. Sin perjuicio de sus escritos semanales, que firma y los innumerables sin su firma, Franceschi encontraba tiempo para ejercer la labor de profesor en varias asignaturas, dictar conferencias en diversos lugares del país y escribir un considerable número de libros de amplia circulación. No se ha escrito la biografía de Franceschi y la publicación de sus obras completas quedó inconclusa en sólo los primeros cuatro volúmenes, faltando reproducir el resto de sus obras, sin contar que la recopilación de sus trabajos periodísticos, sino todos, al menos de los mejores, no bajaría de diez volúmenes⁵.

Sea por obra de los artículos de Franceschi o de sus colaboradores, en *Criterio* abundan los trabajos referidos a la casi totalidad de las cuestiones de su tiempo. No le son ajenos los temas de literatura europea y americana, los de filosofía, los de ciencia política, los de moral, los de política nacional e internacional, la guerra y la paz, el arte y el movimiento obrero, las corrientes teológicas y las cuestiones educacionales. Parte esencial de la revista es el editorial semanal de Franceschi. Tiene este director la amplitud de llamar a colaborar a las firmas más destacadas del catolicismo por lo que puede decirse que, por sus páginas, han pasado la totalidad de los escritores católicos de la primera mitad del siglo XX. Ello no logró, en cambio, encerrarlo en un nacionalismo extremo en lo cultural y le permitió abrir las páginas de *Criterio* a los más sobresalientes escritores de Europa, quienes también aportaron sus colaboraciones. La revista se convierte así en un puente con el pensamiento católico europeo.

La estructura de *Criterio* responde siempre al mismo patrón, encabezada por el editorial del director seguido de las colaboraciones y por su condición de revista católica, con transcripción de documentos relevantes nacionales, americanos o europeos, referidos a temas de actualidad. Las notas críticas no faltan para los asuntos cotidianos que dominan en cada semana, así como el análisis del movimiento literario, teatral, lírico y bibliográfico, conformando todo ello una revista de cultura escrita desde los principios de la visión cristiana.

Al comenzar el año 1944 Franceschi incorpora como un colaborador estrecho al presbítero Luis R. Capriotti, quien asume, poco después, la calidad de subdirector. La activa labor intelectual de Franceschi, que le hace un hombre de consulta indispensable en las cuestiones culturales del catolicismo, exige una ayuda para la revista, la cual obtiene sin variar la calidad del contenido.

La historia de esta revista no ha sido escrita y no será tarea fácil por su larga trayectoria, lo que también obstaculiza la valoración de su aporte al pensamiento católico. En 1957 fallece monseñor Gustavo J. Franceschi, produciendo un vacío que no ha sido llenado en el

5. Monseñor Gustavo J. Franceschi (1881-1957). Los cuatro tomos de sus *Obras Completas*, que en verdad quedaron incompletas, son: *El Pontificado Romano* (tomo I); *El espiritualismo en la literatura francesa contemporánea* (2ª edición) (tomo II); *Totalitarismos. El nacionalsocialismo y fascismo* (tomo III); *Totalitarismos. Comunismo* (tomo IV), Edición de Editorial Difusión, 1944-1945. Es, además, autor de otros veinte volúmenes, entre los que se destacan *La democracia y la Iglesia*, 1918; *Los Círculos de Estudios sociales*, 1922; *Tres estudios sobre la familia*, 1923; *La angustia contemporánea*, 1928; *Reacciones*, 1937; *En el humo del incendio*, 1938; *Sarmiento*, 1938.

periodismo cultural católico, pues un hombre de ese calibre no se forma en un día y requiere cualidades muy sobresalientes. El catolicismo tampoco ha hecho nada por crear las condiciones y formar sucesores, ni en el laicado ni en el clero. Después de su muerte, le sucede en la dirección de *Criterio* el entonces presbítero, Jorge Mejía, iniciándose así la tercera época de la revista. Jorge Mejía escribe hasta 1978, fecha en que pasa a desempeñarse en la Santa Sede y, donde actualmente, se halla al frente del Archivo y Biblioteca del Vaticano. Otros directores le seguirán hasta que, un decenio atrás (1989), la revista llega a un arreglo con el arzobispado, de quien se separa, para iniciar una época de total autonomía, dirigida por un consejo de redacción. Si bien mantiene su inspiración cristiana, actúa como órgano independiente y, en los últimos veinte años poco es lo que puede reconocerse en ella que sea semejante a su primera y segunda época.

Número

El grupo de jóvenes que pertenecía a «la nueva sensibilidad» literaria y artística y que además formaban parte del grupo intelectual católico que, a fines de 1939, se había separado de la revista *Criterio*, no permaneció ocioso para las letras y el testimonio religioso, decidiendo dar forma a una nueva publicación⁶. La nueva publicación se llamará *Número* y su primera entrega aparecerá en enero de 1930. Su vida no se prolongará por largo tiempo, clausurándose en diciembre de 1931. *Número* fue una revista de naturaleza literaria que intentó esa conciliación entre verdad, belleza y primacía de la inteligencia que había animado al grupo inicial de *Criterio*, y ello se expresará a través de la calidad de presentación y de forma que la distinguirá en el rico mercado de publicaciones literarias y el menos numeroso de las revistas católicas que por aquellos años se editaban en Buenos Aires.

Al iniciar la aparición de la revista los redactores no hacen una presentación del programa que los anima, pues entienden que él se manifiesta por sí solo en su contenido general. El signo distintivo del mensaje de *Número* ha de ser un breve artículo sin firma, de alta precisión de lenguaje y hondo contenido teológico que enfoque, en cada entrega, un tema especial. Vaya una muestra parcial de ese estilo: «El silencio. A cada parte del hombre, cuerpo, alma y espíritu, corresponde un silencio. El silencio del cuerpo va desde la mudez hasta el silencio sacramental de los monjes. Es símbolo operante como la pobreza exterior o la virginidad. El alma da cabida a otro silencio de orden ascético; abstinencia o templanza de las palabras mentales, quietud para alcanzar el conocimiento que supera al discurso y pasa a la meditación. El silencio del espíritu es gratuito y perfecto. Está en el hombre, pero no está al modo del hombre. El silencio del cuerpo divide a los hombres entre sí. El del alma divide al hombre dentro de sí. Pero el silencio del espíritu pertenece a la vida unitiva».

El signo visible de catolicidad se halla en esos textos que encabezan la primera página, pero no se reduce a ello su mensaje ya que se manifiesta en forma indudable en el resto

6. Néstor Tomás AUZA, *La generación literaria de «Número»*. *Literatura y fe religiosa*, en Fundación Política y Letras, Año IV, 1996, p. 27 y sig.

Néstor T. Auza

de las colaboraciones. Así en el análisis literario se estudian aquellas figuras que plantean grandes desafíos espirituales —Unamuno, León Bloy, Cocteau, entre otros— para presentar la problemática religiosa que cada uno padece, y escudriñarla desde la fe católica. Con parecida intención, los colaboradores presentan trabajos referidos a múltiples cuestiones bajo la forma del ensayo, el análisis arquitectónico, la biografía, la narración. Los poetas católicos no faltan, más aún, abundan en la revista, encontrando ambiente para expresarse en tonos distintos, según las personalidades y el estilo que cultivan.

La belleza no es sólo tema de análisis o de canto poético, sino que también se manifiesta en los dibujos y grabados que ilustran la revista. Si bien los colaboradores de este género no son abundantes, los pocos que allí aportan sus contribuciones lo hacen con piezas de alta calidad y, en algunos casos, tocando temas religiosos. Y es que *Número* es un instrumento para que un conjunto de dibujantes y grabadores católicos se manifiesten como antes lo habían hecho en la primera etapa de *Criterio*.

Al finalizar diciembre de 1931, *Número* desaparece sin ofrecer explicaciones y con ello se interrumpe el proyecto de revista católica con solidez intelectual y firme personalidad. Probablemente por ello mismo, conforma un estilo que representa un desafío a la expresión de formas tradicionales, poco comunicativas para las generaciones a las que se dirigía. Sus redactores y grabadores, sin embargo, sin perder su pertenencia a la fe católica, se dispersaron para reaparecer en otras revistas que circulaban o en las que nacerán en años posteriores.

Fascículos y Strómata

En el seno de la casa de formación de la Compañía de Jesús en San Miguel (cerca de Buenos Aires) se proyecta dar a conocer el pensamiento que se enseña en sus aulas y para ello se propone editar los trabajos de mayor profundidad que se elaboren. El primer ensayo editado llevará el nombre de «Fascículos de la Biblioteca», coincidente con el título general de la publicación. Ello indica que se ha elegido la forma de fascículos para editar los ensayos, conteniendo cada uno un tema especial. La empresa de los fascículos ha de ser una responsabilidad de la Facultad de Filosofía y Teología dependiente de la Compañía, que tiene a su cargo la formación eclesial de sus seminaristas. Los *Fascículos* nacen, como ya se ha dicho, con la intención de ser la expresión de la vida intelectual y científica de dicha Facultad.

La publicación, además de desarrollar un tema doctrinal, dedicará una buena proporción de sus páginas a una actividad que luego se prolongará a todas las publicaciones que sucesivamente continuarán a los *Fascículos*: una atención esmerada a la producción bibliográfica en el campo de la Filosofía y la Teología; reunir, catalogar, clasificar y analizar críticamente la producción bibliográfica filosófica y teológica, tanto en la Argentina como en el mundo. No era entonces ni lo es todavía ahora la bibliografía crítica una actividad intelectual a la que presten atención las casas universitarias y en ello radica, al margen de los estudios doctrinales, el relieve de los *Fascículos* de la Biblioteca.

Éstos no poseían periodicidad regular de aparición. Se editan a partir de 1937 y adquieren una amplia difusión dentro y fuera del país. En especial, fuera del país, ya que una de las razones que mueve a su distribución es facilitar el enriquecimiento de la biblioteca de la Facultad con el recibo de las obras que se editan en diversas áreas geográficas y someterlas a la crítica bibliográfica en las páginas de los *Fascículos*. Sin duda que esta estrategia de recepción de impresos de todo el mundo facilitaba a la Biblioteca un rico material, pues antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial recibía sesenta y cinco revistas europeas y diez y nueve americanas, sin contar las obras que se le remitían para la sección bibliográfica.

En el período de su aparición, los *Fascículos* publicaron veinte entregas en las cuales los temas dominantes fueron de carácter filosófico: teoría del conocimiento, filosofía social, filosofía griega, medieval y contemporánea, con estudios sobre Parménides, Platón, Kant, Descartes, Newman, Santo Tomás, Suárez o Aristóteles. Hay que observar el fuerte acento puesto en la filosofía, pues ello ha de ser una constante, con menor interés por la teología. Para remarcar la preferencia por el cultivo de la filosofía, la Facultad comenzó en esos años una colección de obras de carácter filosófico, escritas por padres jesuitas, que había alcanzado los seis volúmenes en 1944, acrecentándose con posterioridad.

Un año después de aparecer los *Fascículos*, es decir, en 1938, sus redactores decidieron ampliar el proyecto ya que el espacio que los *Fascículos* les ofrecía les resulta reducido, tanto para incluir la parte doctrinal como para el tratamiento bibliográfico de la producción. Los responsables de la redacción se decidieron dar un paso más arriesgado y fundar una revista a la que otorgaron el nombre de *Strómata*, que evoca los escritos de Clemente Alejandrino. En la nueva publicación se continuará con el propósito de tratar temas doctrinales bajo la forma de monografías o artículos, propósito que se cumplirá con fidelidad. Sin embargo esta publicación mantendrá la misma característica de su precedente, ya que su edición no se atiene a un ritmo de publicación, modalidad que no la beneficia,

Strómata hace su aparición en 1938, año que en la cultura argentina coinciden una serie de iniciativas que evidencian un intenso movimiento de ideas y creaciones que se orientan hacia las humanidades. En 1938, sobre la base de la antigua Junta de Estudios Numismáticos e Históricos, el gobierno nacional crea la Academia Nacional de la Historia. Es también el año que inicia sus actividades la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos, que tiene por objeto conservar los sitios y monumentos considerados históricos. También en ese año el episcopado, haciéndose eco de un proceso interior de preocupación por disponer de una visión histórica, decide fundar la Junta de Estudios de Historia Eclesiástica. Es, además, año de intenso movimiento bibliográfico nacional.

Este somero cuadro de acontecimientos permite vislumbrar el trasfondo del clima cultural que agita a esa segunda mitad de la década y explica, al menos como referencia remota, las causas que llevaron a los miembros de la Compañía de Jesús a dar origen a una revista propia. Se publicaron en forma anual cuatro entregas, de carácter monográfico, de más de trescientas páginas cada una.

El primer número estuvo orientado a la «Sociología y la Filosofía social»; el segundo a «Bío y Psique»; el tercero a «Filosofía católica»; y el cuarto, al homenaje a la figura del

Néstor T. Auza

gran líder católico José Manuel Estrada (1843-1894), ya que, en ese año de 1943, se conmemoraban los cincuenta años de su muerte. El mismo episcopado dedicó a Estrada una Carta Pastoral Colectiva. En la redacción de *Strómata* colaboran un conjunto variado de firmas, no todas jesuitas, lo que implica una cierta apertura, actitud que no se repetirá en la revista continuadora de *Strómata*.

Como podrá apreciarse por los temas abordados tanto en *Fascículos* como en *Strómata* domina la orientación filosófica y científica y, si bien todos los temas tratados se escriben desde la perspectiva de la fe, lo cierto es que no aparece dominante el enfoque teológico o, al menos, una preocupación que tenga a la teología como un saber que merezca atención mayor. Se advierte así mismo que *Strómata*, si bien aparece con un cierto perfil, no significa todavía un proyecto bien definido, siendo más bien una aproximación exploratoria a fin de encontrar la propia singularidad periodística, cosa que ocurrirá en años posteriores.

Ciencia y Fe y Strómata

Cuando *Strómata* lanzaba su cuarta entrega no era previsible pensar que iba a dejar de circular, cosa que sucedió, al menos con ese título. Pero en realidad no se tratará de un cierre, sino más bien de un cambio de nombre, pues respondiendo a los mismos propósitos que le diera vida a aquella, aparece al comenzar el año 1944 la revista *Ciencia y Fe*, que, con ligeras variantes, se asemeja a la precedente, si bien mejorada y con mayor vuelo de contenido.

El cambio de título obedece, más que a un giro en el rumbo, a un mayor ajuste en el proyecto que, en los últimos años ha crecido en el seno de la Compañía en vista del eco recibido y de las propias acciones puestas en funcionamiento. En la Facultad de Filosofía y Teología de San Miguel ha comenzado a prepararse un proyecto más acabado que exigirá algunos años para su ejecución, consistente en convertir su casa de formación en un centro de alta reflexión y docencia. Al servicio de cuya empresa han de converger no menos de dos generaciones actuando simultáneamente, siendo una de ellas la de los más jóvenes, quienes se preparan profundizando orientaciones intelectuales distintas. Para ello, algunos de estos miembros jóvenes han comenzado su formación en el exterior y otros lo harán con posterioridad, profundizando estudios superiores en Europa y los Estados Unidos, para converger, finalmente en un activo semillero intelectual con variantes de diversas culturas y especialidades. Ese ensayo que, en una primera etapa aparece como exitoso, luego, por diversas razones que no es del caso analizar aquí, no será feliz y será causa de una de las más profundas crisis en el interior de la Compañía, no sin que a la misma contribuyan otros factores ajenos a los mencionados.

Lo cierto es que, independiente de ese proyecto, el catolicismo argentino vive en los primeros años de esa década del cuarenta, una cierta euforia por el evidente movimiento de renovación intelectual que se produce en su seno, acompañado de un rico crecimiento de editoriales que lo alimenta. Ese proceso, que viene surgiendo desde comienzos de la década anterior, se percibe sin esfuerzo y alienta expectativas compartidas en los diversos sectores

de la Iglesia. La organización del laicado, según el modelo episcopal de la Acción Católica, que se halla en plena expansión, constituye uno de los factores acelerantes del citado clima. Es un proceso de carácter endógeno que, en parte, tiene su causa en el cierre de los vínculos con Europa por causa de la Segunda Guerra Mundial, situación que en pocos años cambiará, como también el clima del país con la aparición de graves conflictos sociales y políticos, sobre todo a partir de 1945, que habrían de prolongarse, renovados, en la década siguiente.

Al presentar el cambio de rótulo, los redactores hacían la siguiente declaración: «El nombre de la nueva revista, *Ciencia y Fe*, responde exactamente al primitivo anhelo de las publicaciones de estas Facultades que, por otra parte, no es sino el de toda filosofía cristiana: afrontar todos los problemas filosóficos, que para ser genuinamente tales han de ser parejamente vitales, no con la indiferencia glacial del que todo lo contempla a través de la pura abstracción, sino con la entereza y generosidad del filósofo que es al mismo tiempo cristiano, en quien encuentran hondas resonancias todos los problemas con todas sus consecuencias». Más adelante agregan: «Aunque en la sutilidad de la abstracción y en la intimidad de las formalidades, Filosofía y Cristianismo no se interfieren, sin embargo, en la realidad del hombre, ambas viven en un íntimo convivio y deben relacionarse con una dependencia cabal». Se trata de un enunciado muy general «que no es otro que el de las relaciones del cristianismo con la filosofía», un viejo problema ya bastante discutido para la época en que se lanza la revista, con la debilidad que no se explicita con claridad lo de «cristianismo». En ningún momento se hace referencia a que éste se expresa en el dogma o se explica en la Teología. Lo cierto es que, en la revista, la Teología no es objeto de indagaciones profundas y, en cambio, domina la visión filosófica sin referencia a aquélla.

Ciencia y Fe ha de ser el órgano de difusión de quienes patrocinan el proyecto acariaciado por las Facultades. De la amplitud del mismo queda constancia cuando la revista manifiesta que abarcará la Filosofía, la Teología, la Moral, el Derecho Canónico, la Ascética, Ciencias jurídicas y Sociales, la Historia de la Iglesia, la Ciencia y la Literatura. A lo largo de toda su existencia la exclusividad de ese proyecto se pone de manifiesto en el aspecto endogámico de la revista, ya que sólo por excepción, escriben autores que no son miembros de la Compañía. Indudablemente, la publicación no alcanza a cubrir, como ya hemos señalado, todos esos campos y ni siquiera trata algunos o sólo les dedica escasos ensayos.

Las dos principales secciones de la revista la constituyen la denominada «Temas especiales» y «Artículos»; de menor importancia, le sigue «Notas y discusiones», para coronar con la que representa un aporte valioso, titulada «Reseña bibliográfica», que ocupa el mayor número de páginas e incluye el análisis crítico de la producción referida a todos los campos que la revista se ocupaba, tanto de América como de Europa. El método de los redactores daba resultado, ya que el abundante material que recibe es luego objeto de análisis por el cuerpo de redactores logrando que la Biblioteca de la Facultad permanezca al día y que los redactores practiquen ejercicio cotidiano de estudio y crítica.

El acento dominante de la revista, como lo hemos manifestado, se encuentra en el campo de la filosofía, ya por el aporte de colaboraciones de ese género, como por el ejercicio de la crítica bibliográfica. Fuera de ellos, la teología, como un área del saber estrictamente cultivado, no ocupa muchas páginas de *Ciencia y Fe*, observándose por el contrario,

Néstor T. Auza

la ausencia de reflexión y aportes valiosos en ese terreno. Ello no implica que se halle totalmente ausente, pero no es el centro de la reflexión y del interés de los redactores. La espiritualidad ignaciana ocupa un espacio muy reducido, así como tampoco es considerable el otorgado a la Moral, la Doctrina Social de la Iglesia y la Historia.

La orientación, el formato y el contenido de *Ciencia y Fe* no sufre en los años siguientes cambios sustanciales, permaneciendo estables sus secciones, siendo siempre muy abundante la de «Reseña Bibliográfica» y «Libros recibidos», que ofrecen un amplio panorama de la producción intelectual del mundo en las materias de su competencia. Con esas características *Ciencia y Fe* se prolonga en entregas trimestrales de aparición regular. Los colaboradores de la misma extenderán sus funciones docentes a la Capital Federal, o sea, Buenos Aires, instalando en las aulas del Colegio del Salvador, a principios de 1944, el Instituto Superior de Filosofía que desarrollará cursos orgánicos de filosofía.

Desde su aparición en enero de 1944, *Ciencia y Fe* se publica por entregas trimestrales de ciento cincuenta a doscientas páginas, aunque en ocasiones triplica ese número. En la entrega de enero-marzo de 1957, al cambiar la presentación de las cubiertas, anuncia que pertenece a las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel, en lugar de la anotación anterior que decía pertenecer al «Colegio Máximo de San José. San Miguel». La modificación, con toda seguridad, tenía su razón en el debate que se venía produciendo en el seno de la sociedad argentina en razón del decreto dictado por el gobierno nacional, en diciembre de 1955, por el cual, después de una lucha de más de ochenta años, autorizaba el ejercicio de la libertad de enseñanza. Dentro del ambiente católico, en especial en el interior de los Cursos de Cultura Católica dependientes del episcopado, germinaba la idea de crear la Universidad Católica, cosa que ocurrirá por decisión del episcopado, el 7 de marzo de 1958. A su vez, los padres jesuitas y un grupo de intelectuales a ellos vinculados, pensaban en la creación de otra universidad católica independiente. Con seguridad esa fue la razón por la cual en el seno de la casa de formación jesuita se decidió cambiar la adscripción de la revista, que pasó a las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel.

La orientación, el formato y el contenido de *Ciencia y Fe* no cambió al ponerse bajo la responsabilidad de dichas Facultades, permaneciendo en esa línea hasta diciembre de 1964. El primer número del año siguiente aparece con el nombre de *Strómata*, figurando como subtítulo, en cuerpo más reducido, *Ciencia y Fe*, a la vez que anuncia que continuará como órgano de las Facultades de Filosofía y Teología. Dos años después, en 1967, el antiguo subtítulo desaparece y sólo queda el de *Strómata* y así continuará publicándose hasta el presente.

Sol y Luna

En la historia del pensamiento católico de Buenos Aires y aun de muchos de los intelectuales del interior del país, la revista *Sol y Luna* no les es desconocida ya que, por encima de su relativa corta vida, alcanza a gravitar con relieve propio y reconocido al finalizar la década de 1930 y comienzos de la siguiente.

Esta publicación marca el sentido estético, filosófico y espiritual de un grupo no muy numeroso, pero sí de gran fuerza de irradiación, todos laicos de destacada actuación

pública en el país. Se trata de una porción de la élite intelectual de la vida porteña que refleja el perfil espiritual e intelectual que alcanza, dejando los rastros de las fuentes de que se nutre y de las vertientes que alimentan sus ideales. La revista, de alguna manera, es su mejor expresión y su testimonio y, si bien abarca una parte reducida de sus vidas, tiene validez para el conocimiento del grupo, que vivió conforme a los valores que nutrieron aquellas páginas. Una de las notas que surgen espontáneamente de *Sol y Luna* es la evidente influencia que reciben sus redactores de la literatura católica europea, ya que se percibe la atmósfera creada por los temas y el estilo de Paul Claudel, Léon Bloy, Charles Peguy, Giovanni Papini, Christopher Dawson, Gertrud Von Le Fort, Ernesto Psichari, Hilaire Belloc, George Bernanos, G.K Chesterton y Jacques Maritain. De esos autores y de otros la revista escoge textos seleccionados que reproduce en una sección titulada «Flor de leer» y que tiene por objeto incitar al lector a buscar la obra después de haber degustado lo exquisito de ellas en tan sólo una, pocas páginas.

Sin perjuicio de tales transcripciones selectas, *Sol y Luna* es una publicación que cubre su contenido con el aporte de escritores y poetas nacionales, los cuales abordan variedad de temas con sentido de la belleza, con cierta maestría literaria y, finalmente, con riguroso sentido de la ortodoxia que suelen manejar con seguridad al igual que los criterios filosóficos derivados del tomismo

Sol y Luna fue una empresa intelectual de alto vuelo, impresa con gran calidad artística, bellamente iluminada por grabados trazados por artistas del buril y una tipografía elegante y variada. Cada entrega supera las doscientas páginas en papel de muy buen gramaje. El número uno es de noviembre de 1938 y el último, el número diez, del mes de mayo de 1943. No gozó de aparición regular, de modo que los números aparecían en la medida en que los redactores podían sufragar la edición. Como directores de *Sol y Luna* se desempeñaron Mario Amadeo y Juan Carlos Goyeneche. Poetas y escritores se dividen por igual el contenido de la revista encontrándose, entre unos y otros, a las mejores plumas de la vida intelectual católica y, en algunos casos, de la literatura nacional. Se puede sintetizar diciendo que la revista muestra la altitud intelectual que alcanzó una generación.

Ortodoxia

Esta revista no es fruto de una empresa personal sino de una decisión institucional, a la vez que prolongación escrita de las actividades organizadas por los Cursos de Cultura Católica. Estos llevaban veinte años de actividad intelectual y no obstante la concentración de un grupo de alta calidad y capacidad, nunca sus autoridades habían manifestado el propósito de disponer de un órgano propio que representase el pensamiento que los Cursos desarrollaban. Ciertamente es que muchos de sus integrantes son los mismos que dieron vida a *Sol y Luna* y ello probablemente fue la causa de no abordar la creación de un órgano propio; pero también lo es que *Sol y Luna*, por la forma espaciada de sus entregas, no importaba una presencia activa y constante en el medio cultural. La tradición del periodismo se hallaba en la herencia que los Cursos habían recibido de su maestro, el doctor Emilio Lamarca, y por ello era de esperar que fuera retomada.

Néstor T. Auza

En 1922 había fallecido Lamarca que venía, según lo hemos anotado, de la generación del ochenta y que se prolonga en la militancia hasta su muerte⁷. Poco antes que ello ocurriera, Emilio Lamarca debió cerrar, como ya hemos dicho más arriba, la Liga Social Argentina. Al cerrarla, dejó Lamarca una biblioteca social, literaria y religiosa de más de 20.000 volúmenes, a cuyo amparo se reunió un grupo de jóvenes que habían recibido la influencia del líder desaparecido, dando lugar a que, de una reunión informal, surgiese la voluntad colectiva de dar vida a un centro de estudios, método heredado de Lamarca, y recibiera el nombre de Cursos de Cultura Católica. Los Cursos, con el correr de los años, se convertirán en un activo centro de formación de laicos en la cultura católica, con acento en filosofía, teología y diversas expresiones estéticas. La labor de los Cursos se extenderá hasta la creación de la Universidad Católica Argentina, en 1958⁸.

Los Cursos actúan como un centro de docencia, pero también de reflexión común, de diálogo en torno a los problemas actuales de la Iglesia y en un clima propenso al cultivo de diversas manifestaciones de la belleza plástica, en lo que se llamará un convivio de artistas. En lo intelectual los fundadores de los cursos están dominados por la idea de la primacía de lo espiritual y una especial interpretación de dicha concepción hará que, en términos generales, sus integrantes no manifiesten una sensibilidad especial por las cuestiones sociales, económicas, en tanto que en lo político se inclinarán por no manifestar simpatía por las formas democráticas. La primacía de la inteligencia que cultivan les llevará a profundizar las cuestiones filosóficas, sintiéndose a la vez atraídos por los maestros que, dentro del catolicismo, cultivan esa reflexión. De ahí que invitados especialmente, concurren a dictar cursos personalidades como Garrigou-Lagrange, Tristán de Atayde (Alceu Amoroso Lima), Stanislas Gillet, Robert Garrie, Camilo Crivelli S.J., Ives de la Brière o Jacques Maritain.

Al cumplir los veinte años de actividades los directivos de los Cursos deciden fundar una revista propia que, conforme al espíritu que anima la institución, llevará por título *Ortodoxia*. La misma hace su aparición en junio de 1942 y extenderá su vida sólo hasta 1947, alcanzando a editar en ese período diez y siete entregas, con un formato semejante al de un libro de tamaño mayor. *Ortodoxia*, al contrario de *Sol y Luna*, no puede manifestar una presentación tan fina y esmerada como aquella y guarda, por el contrario, las formas de una publicación discreta y hasta modesta en su forma externa, pero almacena un conjunto de trabajos que muestran cuáles eran las preocupaciones dominantes de sus redactores y la orientación que los inspiraba.

La revista *Ortodoxia*, al igual que los Cursos, se proponía «promover la vida de la inteligencia bajo el signo de la fe, en el seno de la Iglesia, depositaria de la verdad» y, por lo mismo, se proponía «promover la dilucidación desinteresada de todo lo que en lo especulativo se sigue de los principios en el ámbito de lo opinable donde la instancia está librada al discernimiento de la inteligencia, aunque la materia de la especulación sea del orden sobrenatural y provenga de la revelación, como en los temas teológicos». Esta línea de dominio de lo especulativo y en especial en el orden metafísico marcará el pensamiento de todos sus colaboradores y será materia que predomina en sus páginas. Ello ocurre, porque los colabo-

7. Néstor Tomás AUZA, *Aciertos y fracasos sociales del catolicismo argentino*, Edit. Docencia. Don Bosco, Buenos Aires 1987, vol. II, p. 258 y sig.

8. Raúl RIVERO DE OLAZÁBAL, *Por una cultura católica*, Editorial Claretiana, Buenos Aires 1986.

Revistas culturales de orientación católica en el siglo XX en Argentina

radores de *Ortodoxia* pertenecen en su casi totalidad a firmas nacionales vinculadas a los Cursos y alineados en enfoques filosóficos, en especial metafísicos, y a ciertas cuestiones disputadas en esos campos. Las cuestiones teológicas no serán el centro del análisis, sino más bien tenidas en cuenta como referencia. Con todo, la Teología Dogmática, la Teología Moral, las Sagradas Escrituras y la Historia de la Iglesia (europea), se dictan en forma habitual en esos Cursos, sin que en su seno, se haya manifestado ningún teólogo sobresaliente. Con respecto a esas lecciones vale lo que ya hemos dicho para todo el catolicismo argentino: los docentes en Teología son buenos, pero faltos de originalidad, especialmente en las cuestiones más acuciantes, sobre todo aquellas que se refieren a la vida social.

Las páginas de *Ortodoxia* tuvieron la virtud de recoger los trabajos escritos de algo más de cuarenta colaboradores, muchos de los cuales ejercieron funciones directivas en el catolicismo argentino. Son en general, contribuciones que versan sobre filosofía, sociología, literatura, arquitectura, arte, ciencias, educación y pedagogía y espiritualidad. Por ello, la colección de *Ortodoxia* constituye una fuente indispensable para cualquier estudio que se emprenda no sólo del catolicismo argentino, sino también de la cultura del país, ya que muchos de los que allí escribieron ejercieron, en la vida académica y en la actividad pública, una innegable influencia.

La época en que la revista hizo su aparición no era la más propensa para la vida de una publicación de esas características, pues antes del año de entrar en circulación se produjo una revolución que instauró un período de gobierno militar y, dos años después, se produjo la irrupción de una marea social que incorporó, como actores sociales, al sector obrero para entrar en un período de revolución social pacífica pero turbulenta. La problemática social y económica ocupó la atención prioritaria de todos los sectores organizados del país quedando escaso espacio para las exquisitas preocupaciones que ocupaban los intereses de los integrantes de los Cursos. El impacto de la agitación sacudió a la institución y muchos de sus miembros entraron en el compromiso político. La primacía de la inteligencia, las disquisiciones dogmáticas, el celo por profundizar aspectos de la verdad revelada, la fina sensibilidad por las expresiones del grabado, el dibujo, la pintura, debieron ceder a la primacía de las cuestiones políticas, económicas y sociales, para las cuales la mayoría de los miembros de esa publicación no estaba suficientemente preparada. Esa etapa duraría algo más de veinte años. En ese clima, *Ortodoxia* y aún los Cursos no podían vivir en plenitud, de modo que la primera cerró en 1947, en tanto los Cursos comenzaron a languidecer hasta quedar de ellos sólo el recuerdo que se diluye en la naciente historia de la Universidad Católica, que inició sus actividades en 1958⁹.

Néstor T. Auza

Madero, 490

1638 Vicente López (Bs. As.)

Argentina

ntauza@arnet.com.ar

9. Mons. Octavio Nicolás DERISI, *La Universidad Católica argentina en el recuerdo. A los 25 años de su fundación*, U.C.A., Buenos Aires 1983.